

Un Poco Más de Tiempo

Susana Castillo Úbeda

Un Poco Más
de Tiempo

SUSANA CASTILLO ÚBEDA



Capítulo 1

En un año, Muriel sólo había tenido una entrevista de trabajo. Acudía a la cita con más motivación por salir de casa y enfrentarse a la ardua tarea de buscar empleo, que por confiar en que aquella promesa de salario fijo más incentivos le podría brindar una nueva oportunidad. Nunca le había gustado vender, pero tenía un máster en dirección de ventas y quería saber si por fin podría sacarle partido a la inversión. La reunión duró lo que se tarda en preguntar: *¿Estás interesada en la venta a puerta fría?*. Muriel sonrió al constatar que su intuición no estaba tan oxidada. La entrevistadora, una mujer también de unos cuarenta años, repasaba con detalle su currículum. Ambas quedaron de acuerdo enseguida en que aquel puesto ofertado no estaba hecho para ella.

Muriel regresaba a casa feliz, por el paseo, por salir de la rutina, por la posibilidad de algo nuevo, por los tacones, por sentir el aire tibio de abril en la cara, por el maquillaje, por el olor a perfume en la piel. Caminaba directa hacia el coche con la ligereza de quien vuela en vez de andar. Dentro del vehículo encendió la radio a todo volumen. Movía la cabeza de un lado al otro, al ritmo de la música, cantando a viva voz mientras conducía por las calles de la ciudad, sin importarle lo que pensarán los transeúntes con los que se cruzaba.

-Por lo menos no me ha hecho perder mucho más tiempo — pensó tras aparcar frente al bloque de pisos. Los edificios que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista le parecían, esa mañana, una procesión de cárceles escondidas tras el extenso muro de ladrillo y ventanas. De repente, un fuerte escalofrío, como una sacudida, la desordenó por dentro. Paso a paso fue perdiendo la sonrisa, que se le escapaba por la comisura de los labios, camino de su prisión privada. En un instante, el corazón se le inundó de un oscuro sentimiento parecido a la tristeza. Sintió como si le arrancasen la costra de una herida mal curada, como si le clavasen una espina envenenada. Todo a la vez. Aquel sería el primero de una serie de días extraños y sólo sería cuestión de tiempo que Muriel hallara el modo de estar en paz consigo misma.

Tras más de cinco años en paro, cuidando de la casa y los niños, había aprendido a distinguir los días malos de los menos malos. A los ojos de cualquiera podían parecer iguales, pero no para Muriel, que los diferenciaba por sus atenuantes. Los peores, sin duda, eran los días crispados. Aquellos en los que odiaba representar el título de *Reina de la casa*. Una vez reconocidos los más devastadores podría enfrentarse con más fuerza a los días sin nombre, los que estaban por venir, los días de crisis, los turbados, los días sin noche y todas las noches sin descanso. Era una época difícil. Los niños aún pequeños. Mucho trabajo y ninguno remunerado. El destino congelado por la crisis

financiera y todo el universo familiar eclipsándole los sueños.

En esos días inciertos, Muriel escudriñaba las ofertas de empleo que encontraba navegando por Internet. Ese tiempo frente al ordenador se había convertido en un entretenimiento, una vía de escape a la monotonía, pero la diversión duraría muy poco. Ni sus estudios, ni sus cartas de recomendación le permitirían llegar a la segunda fase de selección. Las empresas, agradecidas por su interés, no tardarían en comunicarle que su perfil no se ajustaba a lo que demandaban. Muriel entendía que la maternidad la había alejado, durante mucho tiempo, del ámbito laboral; pero no comprendía cómo las reclutadoras, los jefes, y mucho menos las empresarias féminas que conoció en esos años de búsqueda de empleo, no tomaran en consideración ni valoraran las aptitudes que había adquirido en aquel tiempo dirigiendo su hogar. Se había convertido en una experta negociadora, consiguiendo un alto porcentaje de resultados satisfactorios para ambas partes. Tenía la perseverancia necesaria para no sucumbir ante las constantes peticiones y ruegos de sus descendientes. Una paciencia infinita. La actitud positiva y empática de la que se sabe modelo y da ejemplo con sus actos. El sacrificio grabado en su código genético. El esfuerzo abnegado y desdoblado por la falta de sueño. El don de la ubicuidad cuando se es capaz de hacer más de tres cosas a la vez o estar en varias partes de la casa al mismo tiempo. La educación en valores de igualdad y respeto, como un sello de identidad. La optimización de los recursos, donde nada se tiraba a la basura. La seguridad dentro y fuera del hogar. Si entendiéramos la familia como una gran empresa, Muriel habría sido, sin duda, una gerente intachable, demócrata y con un gran sentido del humor y de la responsabilidad. Pero los empresarios, siendo hombres y mujeres nacidos del fruto del amor y el sacrificio de una madre, no querían tener en sus filas a personas que antepusieran su familia a las necesidades de la compañía, que no quisieran priorizar y pensar primero en los objetivos de la empresa, en trabajar domingos y festivos, que no dispusieran de un horario flexible y pudieran viajar. Como madre de tres hijos, Muriel tenía claro que nadie la iba a contratar. Nadie iba a brindarle la oportunidad de conciliar la vida familiar con la profesional. Era algo más que una incompatibilidad de horarios, que un problema de agenda. Aquello era y es la dura e injusta realidad de las familias españolas en pleno siglo XXI, y ella además estaba a punto de cumplir cincuenta años.

El tiempo en el hogar la fue desdibujando paulatinamente. Muriel apenas se distinguía del entorno. En su microcosmos familiar no era posible diferenciarla del resto, y tampoco es que le importase. Había aceptado su papel de madre, arrastrada por un viento social casi imperceptible; como una balsa abandonada a su suerte, azotada por el aire mar adentro. Se hallaba completamente mimetizada con su escenario. Como una mesa de comedor con las cuatro sillas bien dispuestas a su alrededor, siempre

disponible para dar apoyo y consejo.

Al final del día, Muriel se quedaba a solas frente al espejo de su tocador. Mientras se quitaba los restos del maquillaje que había lucido durante el día, repasaba, uno a uno, los momentos más felices de su existencia, años antes de olvidarse por completo de sí misma. En algunas ocasiones la mente le jugaba malas pasadas, colando en su memoria otras vivencias nada agradables. Muriel las difuminaba con el recuerdo de sus hijos cuando aún eran pequeños. Imágenes tan nítidas que era como si las hubiera vivido ayer. Allí estaban, en sus primeras actuaciones del colegio, dando sus primeros pasos, bañándose en el río, cuando se les cayó el primer diente; las carcajadas del pequeño, que la despertaban en mitad de la noche cuando se reía en sueños o los recuerdos de domingos en la cama, donde todo eran risas, abrazos y besos. ¡Qué felicidad sentía al recordarlos frente al espejo!.

A pesar de los buenos momentos en familia, le afeaban cada vez más la arrugas. Pesaban los días no vividos. Los que nunca fueron. Muriel se sentía una impostora. Aquello no era lo que se había imaginado de joven, pero nadie en su casa debía saberlo. Así lo disimulaba, día tras día, maquillando su frustración y aceptando su vida lo mejor que podía.

- *Al fin y al cabo* —se decía en esos días de sentirse miserable—, *yo elegí ser mamá. Ellos no me eligieron a mí.*

Entonces se consideraba la peor madre del mundo por querer alejarse, en sus pensamientos, de todas sus responsabilidades. Pero no era la maternidad lo que realmente le turbaba. Sus hijos le regalaron los años más felices de su vida. Era la falta de tiempo para ella. El tener que dejarlo todo. El agotamiento. Las veinticuatro horas los trescientos sesenta y cinco días del año. La falta de ayuda. El no poder desconectar. Tener que abandonar sus gustos y renunciar a sus aficiones.

El tiempo pasó. Pasaron los días parecidos junto a un marido que ganaba por los dos. A costa, eso sí, de ver crecer a los hijos desde lejos, desde la distancia de quien convive en familia de un modo intermitente. Muriel comprendía que la situación debía ser difícil también para él. Y aunque nunca se quejó, sabía que, como ella, sufría en silencio su suerte de situación. La adolescencia de los críos les sobrevoló con la energía de mil caballos desbocados, pero apenas dejó secuelas por su brevedad. Pronto llegarían la universidad, los primeros contratos de trabajo, las prácticas sin remunerar, las novias, los desencuentros... Muriel comprobó eso de que *a hijos mayores, problemas mayores*. La creciente y reciente independencia de los muchachos le brindaría un espacio para sí misma. Ahora dispondría de mucho más tiempo libre, pero este se había vuelto en su contra. Ya no tenía fuerzas ni para subir, sin apuros, una escalera. Ahora no le apetecía viajar, ni salir a no ser que fuera estrictamente necesario.

Quería disfrutar de una vejez apacible junto a su anciano marido, retomar su afán por la lectura, apuntarse a algún curso interesante, disfrutar del silencio nuevo

en el hogar. Quizá escribiría versos a sus nietos. Su vida, poco a poco, acabaría dibujándose de nuevo, aunque Muriel ya no fuera la misma mujer. Ahora tenía un poco más de tiempo y una vida menos.